

Fray Manuel de Tuya O.P.

Parábola del tesoro 13,44

Sólo Mt pone a continuación un grupo de tres pequeñas parábolas—el «tesoro», la «perla» y la «red»-- y él solo es, además, el que las transmite e introduce previamente a cada una de ellas con la fórmula usual en él: «Es semejante el reino de los cielos...»

Un hombre esconde un tesoro—moneda, plata, oro, piedras preciosas—guardado en un pequeño cofre, en un campo. La escena que se describe no es insólita. Josefo, casi contemporáneo de Cristo, escribe de su época: «Los romanos excavaban (buscando) muchas cosas, las cuales, las más de las veces, las lograban por indicios de los cautivos, tales como oro, plata y otros objetos preciosísimos, que los dueños los enterraron por temor a la incierta fortuna de la guerra» 37. También el Talmud recoge fantásticas historietas que reflejan lo mismo. «Del siglo III leemos quejas curiosas sobre la «inutilidad de ocultar tesoros», diciendo que no servía ya de nada, pues había «hurones de tierra» (que buscaban en tierra tesoros escondidos), «perforadores de vigas» (que buscaban las oquedades en el maderamen de las casas), «golpeadores de paredes» (que descubrían los huecos en las paredes con ciertos golpes).

Después de tiempo, aquel «tesoro escondido» fue, fortuitamente, descubierto por un hombre. Ante este descubrimiento, lo «oculta» en el mismo campo. ¿Por qué? Son detalles de la parábola que no cuentan. El hombre, en su «alegría», va a su casa, «vende todo lo que tiene y compra aquel campo». Si la legislación romana hacía estos tesoros, encontrados fortuitamente y de propiedad desconocida, propiedad del que los descubría, la legislación judía, en cambio, sobre este punto, como en la parábola se dice, los consideraba propiedad del terrateniente. Si la acción de este fortuito descubridor del tesoro no es moral, es un punto éste que no se considera en la parábola. Incluso de ciertos aspectos de actividades no morales sacó Jesucristo enseñanzas provechosas (Lc 16,8). «No debemos pensar de las disposiciones del derecho civil moderno; ni se debe turbar el lector con relación a la nota de la moralidad de la acción de este mercenario que, encontrando un tesoro en campo ajeno, compra este campo para posesionarse del tesoro (sin hacer sabedor al dueño de la riqueza oculta); pues esto no pertenece a la significación de la parábola, sino sólo a su descripción: se describe lo que el ávido labrador, en tal circunstancia, ordinariamente haría o desearía hacer; por lo que esto no se aplica al «antitipo». No es, pues, el modo de encontrar o posesionarse del tesoro, ni el sitio de este tesoro, que está en campo ajeno, el tertium comparationis u objeto formal de la parábola, sino el sacrificio de todas las cosas que ha de hacerse para obtener una sola cosa, que es el precio eximio del reino».

La doctrina de esta parábola es ésta: de la misma manera que este hombre encontró un tesoro y, por adquirirlo, vendió todos sus bienes, de igual modo ésta ha de ser la solicitud que ha de tenerse por adquirir el tesoro del reino: venderse todo, desprenderse de todo, sacrificarlo todo por adquirir lo que es el «unum necessarium». La doctrina, fundamentalmente, se refiere al hecho de adquirir por vez primera el reino. Pero extensivamente tiene también su

valor en orden a una incorporación más plena del mismo en las almas. Sobre las diversas posiciones exegéticas sobre este punto vale también lo que se dice en la parábola siguiente de la «perla preciosa».

Parábola de la perla. 13,45-46

Esta parábola sólo la trae Mateo, y la vincula en la anterior por un vago y simple «también».

La escena es un mercader, un comerciante de perlas, pero no uno cualquiera, sino un especialista y técnico en la especialidad, pues busca «perlas finas».

La construcción parabólica es irregular. El reino de los cielos no es semejante al mercader, sino a la perla.

La perla en la antigüedad era estimada como uno de los más ricos valores.

De ella escribe el naturalista Plinio: «El summum del precio de todas las cosas lo tienen las perlas».

Este comerciante es un «buscador» de «perlas preciosas» (kalous), y, como tal, no perdona viajes ni molestias por adquirirlas. Pero un día, en su búsqueda, encuentra una perla de «gran precio». Y, «volviéndose» a su casa, vende todo lo que tiene y la compra. ¡Valía ella sola más que todas las otras! La enseñanza doctrinal de esta parábola es clara y semejante a la de la parábola anterior: la solicitud por el reino: dejarlo todo por él por adquirirlo. ¡Dejar todo lo terreno por el uno divino!

Varios autores se han preguntado si en el intento formal de Cristo no hay un intento y una modificación con relación a la parábola anterior: la del tesoro.

En la del tesoro, éste se encuentra fortuitamente; pero en la de la perla, se la encuentra porque se la busca.

Que estas diferencias se encuentren de hecho en esta parábola es claro. Pero que sea un intento directo y formal de Cristo, es muy discutible. Lo niegan, v.gr., Maldonado, Fonck, Lagrange, Buzy.

San Juan Crisóstomo pensaba que por la imagen de la «perla preciosa» se enseñaba la hermosura y esplendor del reino. Así también Bugge. Sin embargo, si la hermosura de la perla-reino está supuesta, lo que se destaca, fundamentalmente, en la estructura de la parábola es la actitud del mercader, que, buscando las perlas preciosas, al encontrar una excepcional, «lo vende todo por comprarla». Esta actitud o estructura de la parábola, es la enseñanza formal de la misma.

Parábola de la red. 13,47-50

También esta parábola es propia de Mt. Está vinculada en la misma serie de las otras dos y unida a ellas por el simple y vago «también».

La descripción es una escena de pesca en el lago de Genesaret. Este tipo de red que recoge todo, corresponde a la actual djarb árabe.

Un índice del realismo de esta parábola es la expresión que dice que, una vez recogida la red de la playa, los pescadores, estando «sentados», hacen el recuento y clasificación de los peces. Buzy hace una graciosa observación sobre esto: «En Oriente, la primera cosa que se hace por cualquier cosa es sentarse. Se sientan para juzgar, para deliberar, para escribir, para no hacer nada, por el placer de sentarse; a veces también para escoger los peces sobre la arena en la orilla».

Se calculan en el lago de Genesaret unas treinta especies distintas de peces. Pero, aunque en su calidad varían, todas son comestibles. No obstante, una sola variante de la especie Silurides, el clabarbut macracanthus, en forma de anguila, llamado hoy por los árabes barbut, estaba prohibido comerlo por la legislación levítica, ya que, por no tener escamas, era considerado como impuro por los judíos; pero, en cambio, era sumamente apreciado por los paganos de la región.

La selección se hace: a los peces «malos» y defectuosos, o «legalmente» impuros, se los tira fuera; a los «buenos» se los pone en canastos.

Expuesto el cuadro, el «tipo», la comparación es sólo global: al «fin del mundo» sucederá semejantemente esta escena: los ángeles «saldrán», sin duda aludiendo al cielo, para ejercer, a las órdenes del Hijo de Dios (Mt 13,41), esta separación de «malos» y «justos».

De la perspectiva de los justos no se dice, aunque es de sobra supuesta por su contraposición con la suerte de los inicuos. Toda la pintura de esta clasificación y juicio se centra en la suerte de los «malos»: como en la parábola alegorizante de la cizaña, serán «arrojados al horno de fuego (, expresión en esta época sinónima de la gehena y el sheet, y allí será para ellos «el llanto», por efecto del dolor, y el «rechinar de dientes», como expresión de una psicología de desesperación.

Literariamente se trata de una parábola, con su comparación global indicada. Mientras que en la parábola de la cizaña, en su aplicación, muchos elementos fueron alegorizador, aquí ninguno —ni peces ni pescadores— tienen un relieve literario especial que permita, faltando la identificación expresa, suponer en ellos valor alegórico. Por eso, fuera de la comparación global, de una suerte distinta de buenos y malos, no parece encontrarse en ella otra enseñanza doctrinal alegórica. Como enseñanza secundaria se ve la acción de los ángeles como ministros de la justicia divina. Por eso, mientras en la parábola alegorizante de la cizaña, la doctrina central formal era la coexistencia en el reino en su fase terrestre de buenos y malos, aquí la doctrina formal solamente es el hecho de la suerte final de justos y pecadores. «En la parábola de la cizaña, el Señor se detiene más en expresar la unión de los buenos y malos; en la parábola de la red, por el contrario, aparece más la separación de aquéllos». Son dos temas contrapuestos.

Conclusión de las parábolas. 13,51-52

Mt, el único que trae este pasaje, concluye la enseñanza de las parábolas con esta pregunta de Jesucristo, sin duda a los «discípulos», pues sólo ellos son los que, según la perspectiva de Mt, están en situación:

Jesucristo les pregunta a sus discípulos si comprendieron «todas estas cosas», pues si las últimas parábolas no tuvieron más explícitas explicaciones, es, como se ve, porque eran de por sí suficientemente claras y no exigían explicación. Al menos en Mt se debe de referir a estas últimas parábolas y a sus explicaciones alegóricas.

A la pregunta que Cristo les hace si entendieron todas estas cosas, y responderle que si, les da una enseñanza.

El escriba, que era el técnico de la valoración doctrinal del A.T., si está instruido ahora en la doctrina del reino de los cielos, como ellos lo van a ser, es semejante a un amo de casa que saca de sus arcas cosas nuevas y viejas.

La palabra de este escriba «instruido» en el reino de los cielos es un doctor o discípulo, pues ambas cosas puede significar la palabra griega matheteutheis. Dalman ha propuesto como substrato judeoaramaico: «Todo escriba que vino a ser discípulo del reino de los cielos»; que es también la versión siríaca Peshitta (mettalmad): «hecho discípulo». Sin embargo, no parece que el texto se refiera a un escriba judío que se haga discípulo del reino. En Mt precisamente se dice de Cristo que envía «profetas, sabios, y escribas...» a Israel (Mt 23,34), y los afrentarán y matarán, El contexto parece indicar que se refiere aquí a los apóstoles, que con la preparación que reciben quedarán habilitados como verdaderos «escribas» del Evangelio. Y para que vean lo que eso significa, les pone la comparación del amo de casa que saca de su tesoro «cosas nuevas y viejas».

La expresión «tesoro» (thesaurou) que se usa, se refiere, mejor que a un tesoro, a un arca donde se guardan las cosas mejores o necesarias del hogar, aunque no alimenticias. «En las antiguas casas de los campesinos se ven unos arcones, como existen en Palestina junto a las paredes, en los que se guarda todo lo que se quiere poner a salvo: los vestidos y los objetos de adorno. Las arcas llenas... son allí las custodias e índices del grado de riqueza».

Así, el hombre rico y bien provisto no sólo guarda en sus arcas las cosas viejas y heredadas, aunque ricas, sino que se surte y repone con las cosas nuevas. Así se halla perfectamente provisto.

Tal es la comparación que Jesucristo hace con relación al «escriba instruido en el reino»: saca del tesoro de la doctrina «cosas nuevas y viejas», expresión que está no con valor alegórico, sino para expresar globalmente la riqueza total doctrinal y magisterial que posee. No se ve que se haya de alegorizar lo «viejo» como el A.T., y lo «nuevos como la doctrina del reino. Pues, aunque Cristo vino a «perfeccionar» la Ley (Mt 5,17), este discípulo de Cristo, no versado técnicamente en las Escrituras, como lo estaban los escribas judíos, no podía sacar del A.T. estos valores magisteriales, por tener un conocimiento bastante superficial—sinagogal—del A.T., aparte que aquí se presenta a este escriba cristiano equipado suficientemente con la doctrina «nueva» del reino.

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, Biblia Comentada, B.A.C., Madrid, 1964, p. 319- 323)